

50 AÑOS ESCUELA DE TEATRO
14.X.93.

CAMPUS ORIENTE.

Sólo quiero decir dos palabras, más para traer el saludo de la Universidad a nuestro Teatro que porque crea que puedo agregar algo significativo a lo que ya se ha dicho.

Los años en torno de la guerra civil española y de la segunda guerra mundial, marcaron profundamente la vida intelectual y artística del país, especialmente a través del testimonio y la presencia de espíritus de selección que nos trajeron nuevas y renovadoras expresiones de las artes escénicas, de la vida musical, etc. Yo pienso que la renovación del teatro chileno, y singularmente la aparición del teatro universitario, tienen también que ver, aunque sea de modo indirecto, con esa diáspora dolorosa de talentos. Los sectores más sensibles del mundo intelectual chileno se sienten incorporados a un movimiento universal que les exige no ser meros espectadores, sino sumarse como agentes a la búsqueda de un mundo nuevo que se pensaba había de erguirse sobre las ruinas del que se estaba derrumbando.

Y los sectores más sensibles de la sociedad no había que buscarlos por cierto entre los más calculadores, sino entre los artistas que guardan un misterioso poder de anticipación. En ellos parece latir siempre el sueño que cantaba la Sibila, de una restitución, del don de una nueva, radicalmente nueva realidad. Esto no era por cierto el sentir de la calle en los años cuarenta, pero alimentaba la inquietud y la ilusión de hombres y mujeres que, en una iniciativa entonces inusitada, buscaban su aproximación al mundo nuevo a través de las artes dramáticas.

Pero el teatro unido a una universidad, se hace solidario de una búsqueda crítica que abarca una amplia perspectiva. Hablando de la historia, Nietzsche decía que en los tiempos en que la humanidad siente la incertidumbre de su destino surge la historia crítica. Yo creo que también las artes se hacen críticas cuando el destino del ser humano se hace problemático. No por cierto en el sentido banal de criticar, sino en el de juzgar, cuestionar, interrogar. Por eso me parece aleccionador que en estos cincuenta años se haya mantenido y aferrado a la existencia este teatro universitario, en condiciones a menudo tan difíciles, que requirieron una certidumbre muy arraigada de que se estaba aportando algo que era de verdad insustituible. De allí brota, no sólo la búsqueda de "teatro nuevo", sino el reiterado intento de mirar "con ojos nuevos" al teatro clásico y de realizar montajes distintos de obras fundamentales en la tradición dramática. Así se entiende también la búsqueda de teatro nacional, el apoyo a la

creatividad joven. Porque es en ese empeño donde se puede alcanzar el núcleo escondido de los problemas que definen nuestro destino, nuestra forma de ser hombre, de hoy.

Una escuela de teatro en una universidad, es una escuela de investigación. "Investiga", en las huellas. El arte mismo es como la huella del ser. No es en vano que el arqueólogo busque en una cosa tan sencilla como es una vasija de barro, un testimonio de toda una vida espiritual y cultural de algún siglo ya extinguido. Con mayor razón, en el arte vigente, en el que nos rodea y en cierta forma nos apremia, el ojo sensible y entrenado descubre las huellas del hombre de hoy, en su más íntima verdad. Y cuando decimos de algo que es verdad, estamos diciendo al menos tres cosas, a saber: que no se sumerge en el olvido, sino que se mantiene presente; que es confiable y que es real. Imágenes de Dios como somos, la presencia, la fidelidad y la realidad no nos abandonan jamás. Por eso es que existe una verdad sobre el hombre. Si buscamos al hombre, es eso lo que buscamos, eso lo que se despliega en la fascinación de la obra de arte.

Mostrar eso y pensarlo, es lo que ha acompañado como tarea a este Teatro nuestro desde el día lejano en que un grupo de alumnos montó "El Peregrino" de Josef de Valdivieso.